

Domingo Decimocuarto del Tiempo Ordinario 3 de Julio de 2011

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré”

Es una invitación entrañable de Jesús que bien sabe de nuestros agobios y malos momentos. Invitación enmarcada en unas circunstancias de un claro discernimiento de las posturas adoptadas ante Jesús.

Ya el anciano Simeón había predicho que Jesús sería una “bandera discutida” (Lc 2, 34). Realmente lo fue durante toda su vida, terminando de una manera trágica y sangrienta.

Cuando tiene lugar la escena que leemos hoy, Jesús lleva tiempo realizando su misión. Acaba de fracasar en una serie de ciudades de Galilea, su patria. Allí ha realizado numerosos milagros, pero no ha brotado la conversión y la fe.

Después de la recriminación a las ciudades galileas que no han respondido a sus obras y de la vuelta de los 72 discípulos, Jesús alaba al Padre por la respuesta que le están dando los sencillos, la gente del pueblo llano: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”. La exclamación de Jesús es como una explosión en la que nos descubre sus sentimientos más íntimos.

¿Quiénes son los sabios y entendidos? La élite religiosa de Israel, los escribas y los fariseos, los rabinos que permanecían ciegos ante la claridad de las palabras de Jesús, y se escandalizaban de su cercanía a los pobres y marginados. Creen que conocen bien a Dios y que poseen la verdadera doctrina. El hecho de que Dios “esconda estas cosas” no se debe a El, sino a los obstáculos de los hombres. Las palabras y las obras de Jesús son manifiestas a todos, viene para ser conocido por todos. El que se cree justo se cierra a la llamada de Jesús por estar conforme con la vida que lleva.

La gente sencilla son los que no tienen cultura, los aldeanos de Galilea, los pastores de Belén, los publicanos y pecadores, las prostitutas. Todos los que eran despreciados por los doctores de la Ley, porque un ignorante no puede agradar a Dios. Estos son los predilectos de Jesús, a ellos se les revela Dios, porque el plan de Dios no puede ser aceptado más que por aquellos que se presentan ante El conscientes de su vacío y pequeñez, con la pobreza radical que caracteriza al ser humano, con la actitud de humilde y esperanzada búsqueda de algo o de Alguien que pueda llenar sus vidas. El Evangelio no es una palabra sabia para los sabios, sino una palabra de vida y para la vida. Para escuchar el Evangelio y comprenderlo hace falta tener un corazón despejado de intereses bastardos, hace falta perder el

miedo a las exigencias del amor y no tener nada que defender. Cuando el Evangelio se escucha como pide ser escuchado, es muy fácil comprender lo que nos quiere decir, aunque no siempre resulte fácil saber qué significa concretamente cada una de sus palabras.

“Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”. Es una invitación a buscar en Jesús, en su mensaje y en su amor, la luz y la fuerza en los momentos difíciles de la vida. El no nos los hará desaparecer, pero si que está cerca de nosotros y nos acompaña siempre, más en las circunstancias duras de la vida.

“Cargar con mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” No se trata de una carga pesada que hace difícil la vida. Cargar con el yugo de Jesús es dejarse subyugar por El y el Evangelio. Subyugar expresa el profundo sentido de las palabras de Jesús, pues cuando el yugo es el amor, el único que puede cargar con el yugo es el enamorado. No se trata de cargar con nada, sino de hacerse cargo del amor de Dios para realizarlo en y con los hermanos, con todos los hombres. Para el que ama, todas las obligaciones están de más. No hace falta que nadie le diga qué tiene que hacer, pues se lo dicta el corazón. Ser cristiano es dejarse llenar del amor de Dios y rebosarlo en los hermanos.

Joaquin Obando Carvajal